

## ¡AY, JULIA, JULIA...!

- Además, el pollo rebozado siempre humea demasiado –apostilló Rafa.

- ¿A qué viene lo del pollo? Estamos hablando de tu comportamiento en el Instituto y no cambies de tema –cortó secamente Lourdes.

- Sí, mamá. No, mamá. Sí, mamá. No, mamá.

- ¿Te parece normal que te hayan vuelto a expulsar?

Justo en ese preciso momento, cuando la situación comenzaba a tensionarse, sonó el teléfono. Era María, la de la farmacia. Hablaron de lo mal que estaba la vida, de lo antipáticos que eran los hijos de Julia, de la serie de televisión que tanto les gustaba, de los muchos problemas que estaba dando el último emigrante que había llegado al Instituto...

Concluyeron que el mundo iba de mal en peor, que el nivel educativo del alumnado era cada vez más bajo (sin reparar en los continuos avances en las diferentes disciplinas a lo largo de los siglos), que los jóvenes de hoy no mostraban un mínimo de respeto hacia los mayores (sin tener en cuenta que esta queja era intemporal, un erudito de la Grecia antigua ya manifestaba lo mismo), que a dónde íbamos a llegar...

Tras una hora larga de animada charla quedaron para tomar unas tapas, como todos los viernes, a las ocho. Como Julia no solía ser puntual, las dos dieron por hecho que acudirían media hora más tarde. Después sería estupendo que fueran con sus parejas a ver la película de las diez.

Rafa ya había comido. Encima de la mesa, al lado de su plato y debajo del tenedor, en una breve nota se podía leer: “Me voy a jugar a la consola con David. Si sales con tus amigas, déjame la cena preparada, por fa”.

- Esto es el colmo de la desfachatez – se enfadó para sí Lourdes.

Luego se dio cuenta de que todos los fines de semana hacía lo mismo. Comía rápido y salía de casa para juntarse con sus amigos.

“Bueno, tendré que hablar con su padre para que los dos vayamos en la misma línea. Esta segunda expulsión no le puede salir gratis como la primera” - pensó.

Rafa, antes de ir con los amigos, se dirigió a casa de su progenitor. Llamó al timbre del piso. Nadie respondió. Volvió a llamar. Decidió esperar en la acera. Como aquel no daba señales de vida lo llamó con el móvil.

- Hola, papá.

- Hola, Rafa. ¿Qué tal estás, chaval? ¿Ha ocurrido algo?

- No, nada. Estoy en la puerta de tu casa. Quiero decirte algo en persona.

- Estoy con los amigos, tomando vermut. Espera diez minutos y voy.

- No, he quedado con los amigos y tengo que marcharme ya. Escucha. En el Instituto me han mandado a casa durante dos días. El lunes y el martes no podré asistir a clase.

- ¿Y eso?

- Nada, lo de siempre. El profe ese que me tiene manía. Dice que yo he pinchado el balón de baloncesto con un clavo y que lo he hecho para que los de primero no pudieran jugar. Le he contestado que el balón ya estaba pinchado y que a mí no me importaba para nada si los de primero jugaban o no. Él me ha dicho que no intentara engañarle, que no solo me había visto él, sino unos cuantos compañeros más. Hemos hablado, Antonio, Lucas, José y yo con ellos y aseguran que no han visto nada. Ya ves... Mamá tampoco me cree.

Los padres de Rafa hablaron por teléfono del problema. Ella era partidaria de un castigo duro para que no volviera a suceder, además creía que su hijo podría ser un acosador. Él dijo que el lunes, sin falta, iría a hablar con el director. ¡Qué casualidad!, era el mismo profesor que le había expulsado la vez anterior.

Esa noche Rafa no cenó en casa. Tampoco llegó a dormir. Lourdes estaba alarmada. Le llamó varias veces pero el chico no cogió el celular. A eso de las cuatro de la madrugada le llamaron del hospital. Cuando llegó su ex ya estaba allí, gritando a la enfermera y a la auxiliar que atendían al muchacho. Los guardias de seguridad tuvieron que actuar porque los sanitarios se negaban a trabajar con tanta amenaza y tanto estrés. Ella pidió disculpas, él siguió gritando.

- Gracias, señora, pero tenemos que intervenir rápidamente, si no se nos va -dijo el médico de guardia, dándole la espalda y saliendo a la carrera por el largo pasillo hacia el interior.